

DISIDENCIA

El año de 1976, Fidel Castro lo comienza con un peligroso dolor de cabeza: el descontento generalizado de su plana mayor, en el frente de batalla que tenía en Angola su gobierno. Los rumores de desertión masiva, sobre todo por parte de los altos oficiales de sus tropas en aquel país africano, se hacían cada vez más insistentes.

Para Castro, Angola era una de las tantas facturas que sus acreedores del Kremlin le pasaban y a la que tenía que hacerle frente, a pesar de los miles de jóvenes cubanos que perecían anualmente por la “libertad” de los “hermanos” africanos. La intervención en la guerra por el poder, de aquella lejana nación, le ocasionaba al dictador caribeño mayores contratiempos que la sangre cubana derramada en las dantescas batallas y escaramuzas en las selvas angoleñas.

El problema que más atormentaba a Castro en los últimos meses, era de carácter no sólo disciplinario, sino político. Sus generales se fortalecían cada día más, dentro de un contingente militar de cientos de miles de hombres. Eran oficiales hechos y curtidos en la guerra. Una guerra impopular y cruel, en donde la traición y el desprecio por parte del pueblo angoleño hacia los soldados cubanos eran tan evidentes, como el implacable clima africano que agobiaba a los “asesores” castristas.

El ocho de febrero de 1976, se libró en las afueras de Luanda una de las más sangrientas batallas entre las fuerzas gubernamentales y los insurgentes. La dirección militar del encuentro estuvo a

cargo del general Modesto Trelles, conocido cariñosamente por el apodo de “Miringa”.

“Miringa” era un guerrero nato, de unos treinta y ocho años de edad. Considerado demasiado joven para ser general, sus condiciones profesionales le habían

tribó al general Fulgencio Batista. Había sido formado por la revolución y asignado al tercer batallón de infantería “Camilo Cienfuegos”, en cuyas filas se encontraba sirviendo voluntariamente su segunda temporada en Angola.

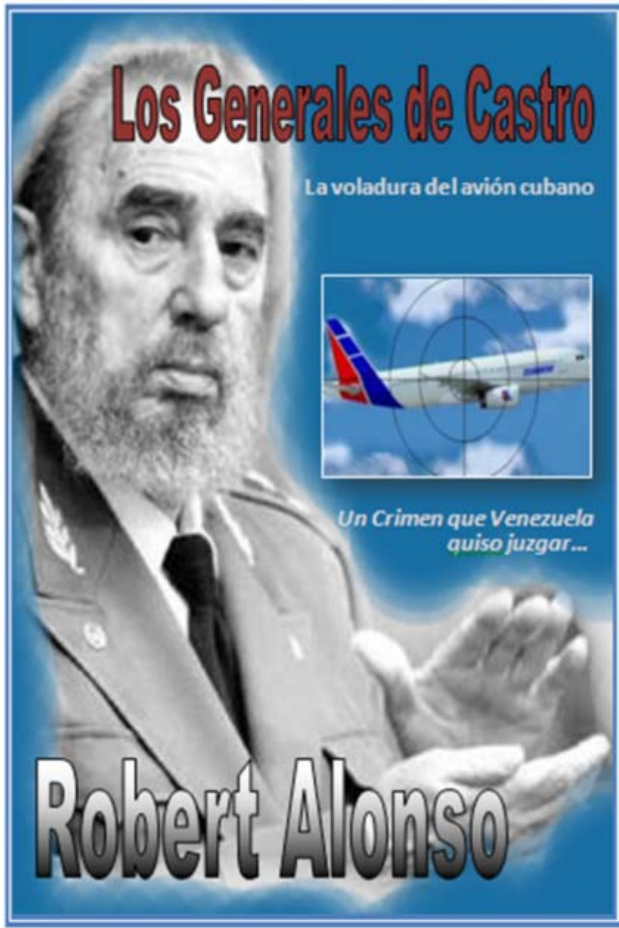
Era un tipo simpático, solterón empedernido y famoso por su repulsión al olor de las negras angoleñas, de quienes decía que eran muy diferentes a sus homólogos cubanas, aunque no pasaba una noche de descanso sin la compañía de alguna de ellas, - entre tiro y tiro - como solía comentar.

El enfrentamiento terminó aquella tarde a las cuatro y cuarenta y cinco, hora aproximada en que se reunían los oficiales en el “bunker” número uno.

- ¡Esta mierda no hay quién la aguante! - gritó “Miringa” al entrar en el “bunker” que servía de refugio a la oficialidad cubana. ¡Nos han pateado por el culo como han querido! ¡Hemos perdido una tercera parte de nuestros hombres y todavía queda la noche, cuando seguro nos caerán con todo los hierros!

El teniente Serafín Ruíz, más partidista que guerrero, se levantó con altanería e insubordinación para comentar, dándole la espalda al joven general: “las guerras no se ganan con oficiales aburguesados por los galones. Las guerras se ganan callando y luchando...”

- Yo no lo vi disparar un tiro allá afuera - comentó “Miringa” sin disimular su enfado, - es más, yo nunca le he visto disparar su arma en todo este tiempo que le conozco - continuó el general, sin prestarle atención al resto de los oficiales que observaban asombrados y avergonzados la in-



...empanadas
croquetas
tamales
papas y yucas rellenas
y más. Todo
al estilo cubano..!

cubanitafood.com
(305) 635-4011

